

BX 955

P 3

V. 22

NIHIL OBSTAT

El Censor,
JAIME PONS, S. J.

Barcelona, 12 de agosto de 1940.

IMPRIMASE

MIGUEL DE LOS SANTOS,
OBISPO A. A. DE BARCELONA

Por mandato de Su Excia. Rdma.
DR. LUIS URPI CARBONELL, PBRO.
CANCILLER-SECRETARIO



ES PROPIEDAD

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

LIBRO PRIMERO

(Continuación)

Sixto V

(1585-1590)

I.—HIST. DE LOS PAPAS, TOMO X, VOL. XXII.

007140

V. Ejecución de María Estuardo. Pérdida de la armada española

Para los católicos de Inglaterra los breves años de reinado de Sixto V forman un decisivo cambio de rumbo. Primeramente con la ejecución de María Estuardo desvaneci6se la esperanza de ver la corona inglesa sobre una cabeza cat6lica despu6s de la muerte de Isabel. La derrota de la armada espa6ola al a6o siguiente puso luego de manifiesto, que ya no habfa que pensar en una restauraci6n de la antigua religi6n con la ayuda de una potencia extranjera.

Al subir al trono Sixto V habfan transcurrido casi diecisiete a6os desde que la reina de Escocia habfa buscado auxilio en Inglaterra y hallado la c6rcel. Su hermosura en otro tiempo tan celebrada habfa palidecido, su honra iba arrastrada por el lodo, y su salud estaba tan minada, que muchas veces apenas podfa tenerse en pie (1). Pero la compasi6n que se suele tener siempre del derecho oprimido, convertfa a la cautiva desamparada en un peligro para sus opresores cual nunca hubiera podido serlo como princesa libre. Por eso manifest6base cada vez m6s como deseo de los gobernantes ingleses el poner fin con un atentado a las infinitas amenazas de fuera y conjuraciones en el interior. Ya en 1572 habfa Juan Knox exigido la muerte de Marfa; sus herederos en este respecto eran los puritanos, que por medio de Leicester y Walsingham mandaban en Inglaterra. Seg6n opini6n de la secta, Isabel provocaba la ira de Dios si dejaba vivir por m6s tiempo a Marfa, pues «¡ay del pastor que sustenta al lobo en su reba6o! ¡ay del labrador que no arroja el jabalfa de la vi6a del Se6or!» ¿Fueron quiz6 Jezabel y Atalf6, que por orden de Dios fueron castigadas con la muerte, menos culpadas que la reina de Escocia? (2). Walsingham consideraba ya por el mismo tiempo la vida de Marfa como una constante amenaza de

(1) Kervyn de Lettenhove, *Marfa Stuart*, I, 23.

(2) *Ibid.*, 56 s.

muerte contra Isabel; hasta en los despachos de Estado la designaba en 1581 como la serpiente que Inglaterra fomentaba en su seno (1).

El asesinato de Guillermo de Orange ofreció al hábil secretario de Estado en 1584 una excelente ocasión para ganar la opinión pública, así como a los políticos ingleses para un proceder decidido contra la reina de Escocia y contra los católicos en general. Si podía el rey católico poner a precio la cabeza de Orange, fácil era persuadir a los protestantes ingleses de que también a su reina podía amenazarle una cosa semejante por parte de los católicos. Los rumores de atentados contra la reina, las más de las veces fingidos, las ejecuciones de supuestos reos de haber maquinado contra la vida de Isabel aumentaban aún más la excitación; la cual subió a lo sumo en el proceso de Parry, quien parecía haber logrado que no solamente el agente de María Estuardo en París, sino también el secretario de Estado del Papa aprobasen planes de asesinato contra Isabel (2). La excitación de aquellos días ofreció a los ministros ingleses no solamente asidero para salir al cabo con las terribles leyes contra los católicos, sino también la deseada ocasión de acelerar notablemente sus planes contra María Estuardo (3). En todas partes de Inglaterra centenares de protestantes se obligaban en las iglesias a perseguir por todos los medios y hasta darle muerte a todo el que amenazase a la vida de Isabel, y a todo aquel en cuyo favor fuese amenazada. Siguióse un correspondiente proyecto de ley. Aunque la ley al fin publicada suavizaba la promesa de aquella confederación de protestantes, con todo Walsingham había alcanzado muchísimo: Inglaterra se acostumbraba a la idea de que se podía derramar también la sangre de una reina y heredera del trono (4).

Sin embargo, para poner realmente las manos sobre María Estuardo habían de existir pruebas de que se había implicado personalmente en una conjuración contra Isabel. En vista de las manifestaciones de Parry se sospechó que tales pruebas existían en los papeles de Morgan; en efecto Isabel recabó de Enrique III que éste fuese preso (5). Ahora el ardoroso e imprudente galés según toda probabilidad estaba realmente complicado en conspiraciones contra la

(1) «the bosom serpent». Cf. Pollen en *The Month*, CIX (1907), 356 s.

(2) Cf. nuestros datos del vol. XIX.

(3) Les desfiances sont sy grandes à present pardeça, que lon a subson des ombres. Castelnau en 1.º de enero de 1584, en Pollen, *Mary*, xxiv.

(4) Cf. nuestros datos del vol. XIX y Pollen, loco cit., xxiii-xxx.

(5) Kervyn de Lettenhove, I, 74-88.

vida de Isabel, aunque sin la aprobación de María (1). Pero Morgan fué avisado a tiempo antes de su prisión, y entre sus escritos nada se halló de que pudiese resultar cargo alguno contra él (2).

Así pues se había de pensar en acechar a la misma María, o también en engañarla con los artificios en que eran maestros insuperables los instrumentos de Walsingham. Un ejército de espías estaba al servicio del secretario de Estado, los cuales con cara de amigos se introducían en el trato de los que querían seducir, y ocasionalmente los incitaban también a tramar conjuraciones, para luego armar contra ellos el brazo de la justicia. Parry no es más que *un solo* ejemplo de tales sujetos. Walsingham mantenía espías en once ciudades francesas, siete flamencas, tres holandesas, seis españolas y fuera de Europa hasta en Argel y Constantinopla (3). En Roma tenía asalariado al desterrado Salomón Aldred, que gozaba de una pensión de Gregorio XIII y hacía de agente del Santo Oficio (4). Entre los católicos de Inglaterra no había ninguna familia principal, ningún personaje importante que no fuese atisbado (5). En la embajada francesa de Londres Chêrelles, sobornado por el secretario de Estado, entregó la cifra de María, pero conjuró a su comitente, que no dijese nada de ello, que por todo el oro no podría sufrir ante el mundo la vergüenza de su acción (6). El gobierno utilizaba para tales servicios de espionaje a gente que pertenecía a la escoria del humano linaje, a hombres rotos y desesperados, y no raras veces a nobles venidos a menos, que en

(1) Pollen en *The Month*, CIX (1907), 364.

(2) Kervyn de Lettenhove, I, 80. They had not only writing or letter to hurt any in the world; but after their old manner, they have forged some writings by all appearance to terrify the good people of England. Morgan en 20 de julio de 1585, *ibid.*, 81.

(3) Kervyn de Lettenhove, I, 144. Burgon (*Life and Times of Sir Thomas Gresham*, I, 95) da en parte otros números; dice que una vez tuvo asalariados al mismo tiempo cincuenta y tres espías fuera de Inglaterra y además todavía otros dieciocho, cuyas funciones no podían ser definidas oficialmente. *Dictionary of National Biography*, LIX, 238.

(4) Kervyn de Lettenhove, I, 147. Aldred decía que era mejor servir a los hombres que a Dios; pues los hombres pagaban con oro y Dios con el martirio (*ibid.*). Uno de los consejeros privados de Isabel contó a Carlos Arundel, que la reina había dado 20 000 escudos a un cardenal de Roma para descubrir los secretos de la corte y los intentos contra Inglaterra: Arundel dió cuenta de esto a Gregorio XIII. Santori, *Autobiografía*, XIII, 166; cf. *Acta consist.* (del card. Santori), 854.

(5) Kervyn de Lettenhove, I, 145.

(6) *Ibid.*, 183.

parte no se avergonzaban de participar también, cuando había ocasión, en la ganancia de bandoleros (1); pues, como el embajador inglés en París escribió a Walsingham (2), se ha de pagar a bribones para que la gente honrada venga en conocimiento de la verdad. Los más infames de estos bribones se introducían furtivamente en los seminarios ingleses del continente; fingían piedad y celo de la Iglesia, recibían los sacramentos y la ordenación sacerdotal, para poder mejor espiar y servir a su señor.

Para uno de estos espías el ganar la confianza de la reina cautiva tenía ahora ciertamente sus dificultades, pero el indiscreto agente de María, Tomás Morgan, vino en este punto contra su voluntad en ayuda de Walsingham. Su prisión en la Bastilla pudo impedir a Morgan formarse un seguro juicio sobre los visitantes que querían ser recomendados por él a María. Así sucedió, que varios instrumentos de Walsingham, pertrechados con cartas de recomendación de Morgan, se presentaron a ella y por razón de estas cartas hallaron en ella confianza. Como Allen dijo más tarde (3), los propios servidores de María fueron los que la precipitaron a la ruina.

La «conjuración» y ejecución de Parry había ocasionado a la reina de Escocia un agravamiento de su prisión; a fines de 1585 fué llevada a Chartley, un antiguo castillo insalubre, en cuyos aposentos sin calentar faltaban en los primeros días las comodidades más ordinarias de la vida (4). Como un mal presagio consideraron los católicos el no haberse confiado ya la guarda de María a un representante de la alta nobleza, sino a un hombre de categoría bastante inferior, a Amias Poulet, el cual fuera de esto estaba penetrado de las ideas de los puritanos, enemigos mortales de la reina (5). Tres meses permaneció María en su nueva morada, separada de toda comunicación con el mundo exterior (6). Entonces se le hizo saber que por mediación de su cervecero podía recibir y enviar car-

(1) Así por ejemplo Sir Jorge Gifford; v. Pollen en *The Month*, CX (1907), 245; Kervyn de Lettenhove, I, 146 s. Cf. los rasgos distintivos que Pollen (loco cit., 243-253; Mary, xxxv ss.) da de R. Bruce, R. Poley, Jorge Gifford, N. Berden, Gilberto Gifford y Savage.

(2) en 25 de enero de 1585, en Pollen en *The Month*, CX, 244.

(3) En Pollen, loco cit., 243.

(4) Kervyn de Lettenhove, I, 120 s. Parece que María misma deseaba salir de Tutbury. Pollen, Mary, LII.

(5) Kervyn de Lettenhove, I, 118, 129. Cf. *The Letter Book of Sir Amias Poulet, keeper of Mary Queen of Scots*, ed. by John Morris, London, 1874.

(6) Kervyn de Lettenhove, I, 133; Pollen, Mary, LVI.

tas en los barriles que él traía llenos y retiraba vacíos. Así pues después de largo tiempo pudo de nuevo la reina cautiva tener el gozo de recibir demostraciones de afecto de sus amigos. Pero no barruntó que se le armaba un lazo: ninguna carta entraba en los barriles de su cervecero o salía de ellos, que no fuese presentada a Walsingham, copiada por el hábil descifrador Tomás Phelippes (1). Luego al punto el primer envío que María recibió por medio del cervecero, fué también la primera malla de la artificiosa red en que la reina se iba intrincando cada vez más; hallóse en él una carta de recomendación de Morgan para Gilberto Gifford, aquel hombre ladino, que según la expresión de Enrique III había sido encargado por los señores del consejo privado de Isabel, de perder a la reina de Escocia (2), y cumplió magistralmente este encargo.

Gilberto Gifford, procedente de una familia muy católica de Staffordshire, se había dedicado conforme al deseo de su padre a su preparación para el estado eclesiástico. El seminario de Reims de Allen cambiólo después de dos años por el Colegio Inglés de Roma; allí fué expulsado por su mala conducta, pero con su enmienda, probablemente no verdadera, alcanzó que el rector del colegio intercediese en su favor con Allen. Por respeto a la familia de Gifford Allen se dejó mover a permitir que se hiciese con él una nueva tentativa. Pero en vez de entrar ahora realmente en el seminario de Reims, anduvo Gifford vagando por París y Londres y se puso probablemente ya entonces en relación con Walsingham. Luego fué a Roma a verse con el espía Aldred, y después en Reims volvió a representar a maravilla el papel del hijo pródigo a su vuelta a la casa paterna, postrándose a los pies de Allen con lágrimas en los ojos y confesando su culpa. Allen tuvo la debilidad de dejarse ablandar, y otorgó a Gifford un acomodo, confiándole un pequeño puesto en el cuerpo de profesores de su establecimiento (3). La consecuencia

(1) Kervyn de Lettenhove, I, 190. Sobre Phelippes v. *ibid.*, 160-163 y Pollen, Mary, LIII s.

(2) Kervyn de Lettenhove, I, 176. Morgan escribe en 25 de enero de 1586, que había dado a Gifford sólo pocas líneas (*ibid.*, 180); en cambio, en la forma en que es entregada su carta de recomendación, tiene una extensión considerable (*ibid.*, 191). Por tanto había sido ampliada sin duda por Phelippes. El borrador de la carta, escrito de mano de Phelippes, está fechado al estilo antiguo (*ibid.*, 185).

(3) Kervyn de Lettenhove, I, 148-152; Pollen en *The Month*, CX (1907), 249 ss. y Mary, XLII s.; Lee en el *Dictionary of National Biography*, XXI, 302 s. Froude y Hosack hacen a Gilberto Gifford jesuita, y Kretzschmar (112) atribuye

fué una grave desdicha para el seminario de Reims: en sus estancias se tramó el plan de asesinato contra Isabel que fué en sus efectos uno de los más terribles golpes para los católicos ingleses.

Simultáneamente con Gilberto Gifford vivía en el seminario de Reims su pariente el profesor de teología Guillermo Gifford, más tarde, después de su entrada en la Orden benedictina y como arzobispo de Reims, un varón muy benemérito, pero entonces exasperado por la desunión entre los refugiados ingleses y en relación quizá no siempre irreprochable con Walsingham y sus instrumentos (1). Algunos meses del año 1581 perteneció también al colegio Juan Savage, hombre algo limitado, que se dejaba guiar como falto de voluntad por Gilberto Gifford. Después de haber prestado servicio militar primero en el ejército de Leicester, y luego en el del duque de Parma, Savage en 1583-1585 vivió de nuevo en Reims, y a lo que parece también en el seminario (2). En una conversación con los dos Giffords en el verano de 1585 sobre los intentos de asesinato contra Isabel recibió Savage la impresión de que el profesor de teología Guillermo Gifford había presentado semejantes hechos como buenos y laudables; tres semanas más tarde se resolvió a tomar a su cargo la ejecución de tales planes (3). En agosto de 1585 partió con este

de todo en todo a los jesuitas (sin prueba alguna) la culpa de toda la conspiración de Babington. Sin embargo, Gilberto Gifford era un decidido *enemigo* de los jesuitas; a instigación de Morgan compuso con Grately un escrito polémico contra ellos, que se ha perdido, pero probablemente formó la fuente de los escritos antijesuiticos de los veinte años siguientes (Pollen en *The Month*, CIII [1904], 357, nota; CXIX [1912], 302; Lee, loco cit., 303). El antagonismo de Morgan, Guillermo Gifford y otros contra los jesuitas está relacionado con la división en un partido inglés y otro galés entre los refugiados ingleses, de la cual no se puede hablar aquí más en particular. Cf. Lechat, 157 ss.

(1) Cf. la controversia sobre él entre E. C. Butler O. S. B. y J. H. Pollen en *The Month*, CIII (1904), 243 ss., 348 ss. Una carta a Walsingham de 18 de abril de 1586, hace honor a Guillermo Gifford; está impresa en Pollen, loco cit., 248.

(2) Kervyn de Lettenhove, I, 178 s.; Pollen en *The Month*, CX (1907) 250 s. y Mary, XLIII.

(3) La única fuente para estos sucesos es la confesión de Savage en su interrogatorio (Kervyn de Lettenhove, I, 306). Esta confesión sólo nos ha sido transmitida en forma diestramente modificada (*ibid.*, 308). El nombre de Gilberto está en ella suprimido de intento, como en otros documentos, para velar así su participación en las conspiraciones. Toda la culpa se echa a Guillermo Gifford; pero según todo el carácter de este varón es sumamente improbable que aprobase el asesinato de la reina. Gilberto Gifford pudo haberle propuesto cuestiones ingeniosas y explicádaslas después a Savage según su mente. Pollen (Mary, XLV; *The Month*, CX, 251) ha hallado una crítica de la confesión de

designio para Londres. Cómo y cuándo debía efectuarse el hecho, era para él mismo enteramente oscuro; entretanto vagueaba por la ciudad en espera de que la casualidad le ofreciese una favorable ocasión. Por lo demás Gilberto Gifford parece no haber tomado en serio a Savage; cuando más tarde estuvo en constante trato con Walsingham, nada muestra que hubiese temido realmente por la vida de la reina.

Después que en 23 de septiembre de 1585 se hubo dado la orden de aislar a María Estuardo en Chartley, Gilberto Gifford en 8 de octubre volvió la espalda de una vez al seminario de Reims, se procuró en París una carta de recomendación de Morgan para la reina de Escocia y se puso en Londres a disposición de Walsingham, el cual lo relacionó con el descifrador y falseador Phelippes (1). Gifford es desde ahora el que pone asechanzas para entregar a la muerte a la cautiva de Chartley (2). Él es el que se pone en comunicación con el cervecero de María y hace de intermediario en la correspondencia de la misma con el embajador francés, pero en este su oficio hace llegar primero a manos de Phelippes y Walsingham todas las cartas de María (3). La familia de Gifford nada barruntaba del vergonzoso papel que Gilberto desempeñaba; tuvo éste el descaro de pedir una recompensa no solamente a Walsingham, sino también a María (4), y más tarde en medio de su mal proceder, de hacerse conferir la ordenación sacerdotal (5), para granjearse la confianza de los católicos (6).

Las cartas de la cautiva nada contenían al principio, de que pudiese hacérsele cargo; Poulet se quejó de esto a Walsingham, y desde este momento se hallan en las cartas de María, esto es, las copias todavía existentes, que proceden todas de la mano de Phe-

Savage en la que no está omitido el nombre de Gilberto. Cf. Butler, loco cit., 254 ss.; Kervyn de Lettenhove, I, 179.

(1) Kervyn de Lettenhove, I, 181, 184.

(2) Lequel [Gifford] ne demandoit autre chose que de faire tomber la royne d'Escosse en une conjuration contre la vie de la royne d'Angleterre, laquelle estant decouverte, ils pussent inciter la dicte royne à la faire mourir. Château-neuf, embajador francés, en Kervyn de Lettenhove, I, 188.

(3) *Ibid.*, 190, 196, 200. Con María personalmente nunca estuvo en relaciones (*ibid.*, 214), pero sí le escribía (*ibid.*, 198).

(4) *Ibid.*, 196.

(5) En Reims en 14 de marzo de 1587; v. Pollen, Mary, 122; Lee, loco cit., 303.

(6) Kervyn de Lettenhove, II, 512 s.

lipes, gritos que demandan venganza de Isabel y piden auxilio a los países extranjeros (1). Sin embargo tales cosas no podían satisfacer a Walsingham, se había de implicar a María en una conjuración contra la vida de Isabel. Se trató por tanto inmediatamente de poner en curso esta conjuración, agregando a Savage, hombre demasiado insignificante, compañeros de más importancia. Según la relación del embajador francés habría sido de nuevo Gilberto Gifford el que habría dedicado también su actividad a esta incumbencia (2) y echado el ojo a Antonio Babington, un noble católico joven y muy rico de veinticuatro años, que se entregaba en Londres con camaradas de su edad a una vida de diversiones (3) que no excluía arranques temporarios de religiosidad. Como paje de Shrewsbury Babington había conocido a María Estuardo y hasta pocos meses antes del traslado de ésta a Chartley hecho de intermediario para la correspondencia de la cautiva princesa (4). Sin embargo no fué Gifford mismo el que engañó a Babington, sino otro alumno de seminario, asimismo poco ejemplar, Juan Ballard.

Éste comenzó, a lo que parece, su carrera política siendo adversario de María Estuardo. Dícese que en el año 1578 se ofreció al embajador inglés en París para espiar a Morgan y a la corte francesa, pero con la condición de que no se escatimase el dinero contante y sonante como recompensa por sus servicios (5). Pero al año siguiente entró en el seminario de Reims de Allen, ya graduado en la universidad de Cambridge, y comenzó en 1581, en Inglaterra, su actividad sacerdotal que le condujo presto a la cárcel, de la que empero se fugó después de breve tiempo (6). En la cárcel como en la huida fué compañero suyo Antonio Tyrell, sacerdote muy nervioso, que más tarde apostató cuatro veces de la Iglesia y cuatro veces volvió a ella, que ora hacía las peores declaraciones sobre algunos sacerdotes católicos, ora las retractaba (7). El celo de Ballard del cuidado de las almas tocó rápidamente a su fin después de su primera encarcelación. En el año 1584 se puso en camino para Roma.

(1) Kervin de Lettenhove, I, 198.

(2) *Ibid.*, 222.

(3) *Ibid.*, 223-227.

(4) *Ibid.*, 224. No fué paje de María misma, como puede verse en Pollen, *Mary*, cv, 50.

(5) Kervyn de Lettenhove, I, 76.

(6) Pollen, *Mary*, LXVI ss.

(7) *Ibid.*, LXVIII ss.

Tyrell le acompañó, y más tarde, cuando hubo caído en manos del gobierno inglés, hizo las más singulares declaraciones sobre su compañero de viaje, diciendo que Ballard había desenvuelto planes para el asesinato de Isabel, en Milán hablando con Owen Lewis, en Roma conferenciando con el rector del Colegio Inglés, con el general de los jesuitas y con el mismo Gregorio XIII, en Reims tratando con Allen, y había obtenido del Papa y de los jesuitas la aprobación de los mismos. Con todo Tyrell más tarde se retractó y aseveró que en todas estas sus acusaciones no había ni una palabra de verdad (1). Pero de que Ballard se entregase con predilección a la política, podría inferirse que Tyrell en su prisión de 1586 precisamente por sus relaciones con Ballard tenía la sospecha y enojo de los gobernantes ingleses (2).

A su vuelta de Roma Ballard fué a ver en París al representante de María Estuardo, Tomás Morgan y a los amigos de éste, y bajo su influencia cada vez más se persuadía de que estaba llamado a grandes cosas y había de dirigir la revolución en favor de la reina de Escocia y de la antigua religión (3). En viajes por Inglaterra visitó ahora los castillos de los nobles que juzgaba que estaban favorablemente dispuestos para determinaciones violentas contra Isabel; por encargo de ellos se trasladó a Escocia para ir a ver a los grandes señores y explorar su disposición de ánimo; principalmente negoció allí a principios de 1586 con el más eminente entre los partidarios de la reina de Escocia, con Claudio Hamilton, que estaba emparentado con la casa real y tenía el mayor derecho a la sucesión en el trono. Conformemente a sus altivos planes, en sus viajes por Inglaterra procuraba también el trato con los nobles, se presentaba con gran fausto y derrochaba mucho dinero en festines y banquetes. Don de gentes y talentos sociales los poseía en sumo grado, y tam-

(1) Todo lo que cuenta sobre su viaje a Roma, llámalo en su retractación a long and monstrous tale, and most untrue. Neither was there ever any such speech or negociations with the persons in any of the places named, neither would we ever have durst to have proposed any such thing unto them, if Ballard or I had been so wicked to conceive it, as I thank God we never were (Pollen, *Mary*, LXXVI). Si en alguna parte se puede dar fe al histórico, es en su retractación. Hizola en público púlpito ante oyentes protestantes, que esperaban lo contrario de una retractación; ésta le costó la pérdida de una lucrativa posición social que esperaba obtener, y le condujo a la cárcel (*ibid.*, LXX s., LXXII s.). Sobre Tyrell cf. *Dictionary of National Biography*, LVII, 437.

(2) Pollen, *Mary*, LVIII.

(3) *Ibid.*, LXXVII, LXXIX.